

El Premio de Pintura Vasca, en el Museo de San Telmo, San Sebastián

Siempre que tiene lugar un certamen como éste —limitado, desde sus presupuestos iniciales, por un lugar o un signo de procedencia— alguien, de manera subrepticia y como al azar, deja caer en mi oído palabras como éstas: «Pero, en esta hora de la universalidad del arte, ¿se debe hablar de la marca de procedencia de una pintura?».

Mi respuesta es esta: Sí, se debe hablar, por lo menos de la posibilidad de una marca de procedencia. Lo cual no quiere decir que, por ejemplo, en esta exposición de pintura vasca podamos aislar y definir lo que es condición específica de «lo vasco» en la pintura. Pero no debemos cerrarnos «a priori» a esa posibilidad. Esta es una exposición de pintores vascos. Tal vez a través de estas exposiciones podamos encontrar a la pintura vasca. A mí no me gusta aceptar sin más las divisiones del arte derivadas de una metodología enraizada en el procedimiento, pero yo diría que hoy ya podemos decir que existe una «escultura vasca». Nombres: Jorge Oteiza, Eduardo Chillida y —yo añadiría— Remigio Mendiburu y Néstor Basterrechea.

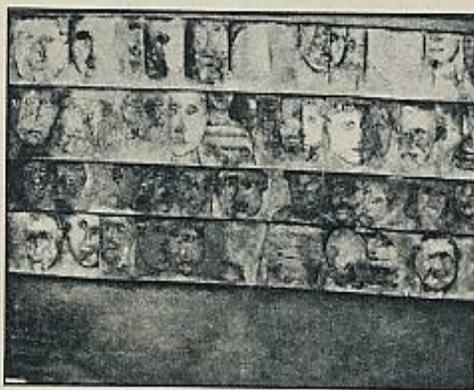
Pero volviendo a lo que iba diciendo: si hay que potenciar, mediante certámenes o lo que sea, las posibilidades de una discriminación regional del arte, ¿por qué? Todo está dicho, pero como nadie atiende hay que volver a empezar siempre por el principio. Porque, efectivamente, el arte es universal, pero no puede ser esperantista. Porque la universalidad del arte se alcanza mediante condiciones diferenciales. Porque el arte tiene dos dimensiones: una, referida a la temporalidad —todo arte tiene una edad en el tiempo, y no se puede pintar hoy como en tiempos del Greco—; otra, referida al lugar de procedencia —todo arte no solamente es hijo de padres conocidos, sino de un lugar conocido—. Porque todo arte es un testimonio de la realidad, y la realidad no solamente es temporal.

Todo lo cual, insisto, no quiere decir que se haya logrado, ni ahora ni antes, en San Sebastián una exposición de «pintura vasca», sino, por ahora, solamente una exposición de «pintores vascos». ¿Cómo tendría que ser esa exposición para alcanzar lo que parecería óptimo? Desde luego, conviene adelantarse, aun cuando ya se sepa, que no se trataría de dar imágenes exclusivamente vascas, de paisajes y costumbres de aquel país. Se trataría, como en el caso de la escultura, de dar imágenes

de las cosas mediante una imagen vasca del mundo. Se trataría de decir artísticamente lo que es, desde lo que se es. A lo mejor yo no he sabido verlo suficientemente. A lo mejor eso está incrustado en los pliegues más sutiles de esa exposición y yo no he sabido percibirlo, pero, me parece, eso ahora no se ve ni en esa exposición ni en lo más caracterizado de los pintores vascos actuales. ¿Por qué? Habría que explicar algo más detenidamente, pero por ahora he ahí una explicación de urgencia.

Vivimos —por razones en las que ahora no voy a entrar— tiempos de un arte «alejandrino». El tiempo alejandrino era aquel en que —ya se sabe también— una gran parte del mundo cultural hablaba en griego. San Pablo, por ejemplo, era judío, ciudadano del imperio romano, y hablaba griego. La ciudadanía era un elemento funcional que lo abría a más amplios horizontes; la lengua era un vehículo de universalidad... pero era judío. Hablaba judío hasta en griego. Pero eso no

fue unificar a todos los otros premios y dividirlos por cuatro, concediéndoselo a otros tantos artistas, todos ellos, por distintos motivos, con categoría de tales: Marta Cárdenas, Carlos Sanz, Vicente Amestoy, José Luis Álvarez Vélez; los tres primeros donostiarros y el último alavés. En Marta Cárdenas, que es muy joven, lo que más sorprende es la madurez pictórica, que le concede un tratamiento sobrio y envolvente de su temática. Con ella alcanza una intimidad que es casi una apología de la soledad... ¿será ésta una condición vasca? Carlos Sanz es, fatalmente, un expresionista. Lo es tanto por su temática como por su tratamiento. A veces recuerda a Bacon... ¿y qué? ¿Es que todo pintor —toda pintura— no es hijo de padres conocidos? Lo que sea, lo es Sanz bajo las condiciones de Carlos Sanz. Es fácil definir a Vicente Amestoy como surrealista. Lo es, incluso, con deliberación. La realidad simbólica se impone en él sobre la representativa... pero condicionado todo también a un feliz



Rambie

era lo normal: lo normal era que el alejandrino lo unificase todo.

A lo mejor yo no sé ver. A lo mejor resulta que esos pintores se expresan en vasco hasta con un lenguaje internacional, pero me parece que no. Me parece que no, y no los acuso de ello ni lo lamento: es normal, de acuerdo con el tiempo. Es normal, pero desde ahí, desde «los vascos», puede descubrirse a «lo vasco». Ya veremos. El camino no puede ser otro. Sería falso deambular ahora por un regionalismo desmedido. Yo creo que desde lo universal hay que encontrar la diferencia y no al revés.

El primer premio se lo concedimos a «Rambie», un vascofrancés, creo que con veterania, al cual, desde posiciones expresionistas, parece atalavar un sustrato surrealizante. Para el segundo premio lo que hicimos

magisterio pictórico. En fin, Álvarez Vélez, el alavés, es un paisajista. Pero es un paisajista en el que las estructuras del paisaje se superponen a los datos minimizadores del mismo. Habrá que esperar en el desarrollo posterior de esas formas, ya autonomizadas.

Finalmente, le concedimos otro premio, con categoría de segundo, a José Llanos Aramburu, de Tolosa, que realiza una especie de investigación formal —y espacial— en los dominios de eso que antes se llamaba «la abstracción». Es que la pintura es también experimento e investigación.

Ya veremos, en las futuras ediciones de este certamen, si el experimento de «los vascos» nos lleva a descubrir con más precisión a «lo vasco». Por esa tentativa ya vale la pena este certamen. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

Santas y buenas noches

Adiós a «Castañuela 70»

Ya está todo en orden. Ya puede cualquier madrileño o residente en Madrid, o componente de la «población flotante», ir al teatro con el alma y el ánimo tranquilos. Queda en pie, para los más audaces, «Todo en el jardín», donde se habla mal de los norteamericanos, se pintan los vicios de una sociedad dominada por el dinero y se utiliza una casa de citas como llave maestra de la alegoría.

Ya podemos elegir, como en los buenos tiempos, entre una revista verde, una comedia fina o algún drama importante, como es el caso de «Tango», estrenado en todo Occidente, y susceptible, por la lejanía de sus claves y sus fuentes, de ser asimilado a nuestro aire, sin graves quebraderos de cabeza.

Ya no hay un solo teatro donde no trabajen actores conocidos, a los que hemos visto mil veces, en la escena y en la televisión, actores que se afeitan todas las mañanas y actrices que se retratan con sus hijos para las páginas de nuestras más leídas revistas.

Ya no hay una sola obra en cartel que no sea de autor concreto, fichable e identificable. Se acabó la sospechosa fuente colectiva, el teatro nacido al calor del debate y el trabajo en compañía. Cada obra con su autor, como en las partidas de nacimiento.

Ya ha desaparecido de la cartelera la imagen de los «grupos teatrales». Su terreno es la función única, incluso subvencionada; su misión, el desahogo de unos pocos. Su sitio no está en los teatros, haciendo catorce funciones semanales —si al menos se hicieran nueve como en casi todo el mundo—, mostrando su trabajo al público. A los grupos les corresponde redactar coléricos manifiestos, para luego, llegada la hora del escenario, mostrar una confortable incapacidad para interesar al público. A los grupos les van los pateos entre sí, las oscuras disquisiciones estético-políticas, los problemas de conciencia, pero no el llenar un teatro tarde y noche —más que el «Tartufo», Señor!— sin primer actor, sin primera actriz, sin una miserable colaboración especial, sin nada de nada.

Ya no existe un teatro que nos señale con el dedo y que se atreva a hablar de nosotros mismos. Un teatro con el que estar de acuerdo o en desacuerdo, pero ante el que no es posible esa plácida modorra que nosotros exigimos al teatro. ■ J. M.

triunfo
RECOMIENDA

CINE
MADRID

LA JOVEN, de Buñuel (Pompeya). JULIO CESAR, de Man-Kiewicz (Alexandra, Mónaco). REPULSION, de Polanski (California). THE DAMNEN, de Losey (Gayarre). AL ESTE DEL EDEN, de Kazan (Oraa). A SANGRE FRIA, de Brooks (San Rafael). BONNIE & CLYDE, de Penn (Bellas Artes). EL COMPROMISO, de Kazan (Avenida). EL DETECTIVE, de Douglas (Capri). EL DIA DE LA LECHUZA, de Damiani (Felipe II). 2001, UNA ODISEA DEL ESPACIO, de Kubrick (Sevilla). EDIPO, de Pasolini (Ventas). EL EXTRAÑO VIAJE, de Fernán-Gómez (Victoria). GRUPO SALVAJE, de Peckinpah (España). LA HORA DE LAS PISTOLAS, de Sturges (Oraa). ISADORA, de Reis (Pleyel, Sorrento). LA LEYENDA DE LILAH CLARE, de Aldrich (Azul). LOS RATEROS, de Rydell (Paisaflo). REBECA, de Hitchcock (Extremadura, Samary). EL REY DEL JUEGO, de Jewison (Ideal). LA SEMILLA DEL DIABLO, de Polanski (Carretas). SIETE MUJERES, de Ford (Montiña). LA VERDAD, de Clouzot (San Remo).

BARCELONA

EL MANUSCRITO ENCONTRADO EN ZARAGOZA, de Has (Publi). BESOS ROBADOS, de Truffaut (Avenida, Duca, Edón, Goya, Iris, Selecto). EL COMPROMISO, de Kazan (Novedades). EL ESTRANGULADOR DE BOSTON, de Fleischer (Diamante). FAHRENHEIT 451, de Truffaut (Savoy). GRUPO SALVAJE, de Peckinpah (Emporio). ISADORA, de Reis (G. Conda). LANDRU, de Chabrol (Cervantes, Nápoles, Verdi). LA MUJER INFIEL, de Chabrol (P. Peñayo). REBECA, de Hitchcock (Astor, Recreo, Río, Texas, Triunfo, Verne). SIETE MUJERES, de Ford (Malda).

TEATRO
MADRID

TANGO, de Mzorek (Bellas Artes). TODO EN EL JARDIN, de Albee (Figaro). ANTONIO Y SUS BALLETS (Zarzuela).

BARCELONA

LA SESION, de Población Knapp (Calderón). HOMENAJE A JOAN OLIVER (Cassa). EL PRECIO, de Miller (Moratín). DESSARATS, de Juan Villalonga (Romea). CIRCO DE MOSCU (Palacio de los Deportes).

VALENCIA

LUCES DE BOHEMIA, de Valle-Inclán (Principal).

LIBROS

OBRA POETICA, de Jorge Guillén (Alianza). JOSEP TORRES CAMPALANS, de Max Aub (Lumen). LOS USURPADORES, de F. Ayala (Andorra). LA FAMILIA, de From, Horkheimer y otros (Península). WILHELM REICH HABLE DE FREUD (Anagrama). CARLOS MARX, de Franz Mehring. ESTUDIO DE LA HISTORIA, de A. Toynbee (Alianza).